

»Mañana, en Chalons, me reuniré á mi cuerpo.

»Ya os escribiré siempre que pueda.»

Desde aquel día, cinco meses mortales transecurrieron sin que el padre y el hijo recibieran ni una sola noticia el uno del otro.

## VII.

El hambre ha rendido á París. La paz se ha firmado.

En la sala baja de una granja aislada, situada á algunas leguas del Mans, un joven está tendido en el lecho, cerca de una ventana. Se agita con el insomnio de una ardiente fiebre, y en cuanto cierra los ojos, extrañas visiones le importunan. Escenas tumultuosas de combates, violencias sanguinarias, á las cuales se mezclan de



pronto fiestas de teatro, luces, mujeres, ruidos de aplausos y de silbidos. El joven pasa por su frente la mano que puede levantar, y mira al campo á través de los pequeños vidrios de la ventana.

Es de noche: se ve una inmensa explanada cubierta de nieve, destacando encima de ella las negras ruinas de algunos edificios destruidos; reina un silencio mortal, interrumpido á intervalos por los roncos ladridos de los perros que han perdido su albergue. ¡Este es el cuadro que presenta la tierra desolada de la patria!

¡Pobre Felipe! ¡Todo es sombrío á su alrededor! ¿Ha muerto su padre en aquel horrible desastre?... Si viviese, ¿cómo le habría abandonado tanto tiempo? ¿Cómo no había corrido á abrazar á su hijo, que tan valerosamente

se había batido? Sí, Felipe sabía que se había portado bien, que había expiado las primeras faltas de su juventud. ¿Por qué, pues, su padre le dejaba allí, solo, herido, y tal vez moribundo? ¿Por qué no venía? ¡Oh! ¡si él viniese; si llegase de un momento á otro!...

Ya viene, ya está cerca.... ha recibido la última carta de su hijo.... ¡Ay! La última solamente; pues, á través de aquellos tiempos de desorden, el recibir noticias era difícilísimo. Sin embargo, esta última carta no se perdió, aunque llegó quince días después de escrita. Por ella supo el señor de Boisvilliers que Felipe vivía, y que estaba en el ejército de Chanzy en el momento que éste iniciaba su retirada sobre el Mans.... ¡Cuántos combates después!.... ¡Cuántas muertes!....



El señor de Boisvilliers partió en seguida hacia el Mans, y tuvo la fortuna de encontrar á algunos compañeros de su hijo, que le dijeron que Felipe había quedado herido en medio del campo, á algunas leguas de allí. El anciano se puso entonces á recorrer la ruta seguida por el ejército, interrogando á las ambulancias noche y día, sin descansar un minuto, cuáles eran los puntos en que estaban situados los hospitales de sangre. En un pueblecillo, llamado Livry, supo que un joven oficial, herido en uno de los últimos combates, había sido recogido muy cerca de allí, y llevado á una granja, donde el médico del pueblo le había prestado sus auxilios; pero no pudieron decirle cuál era el nombre de aquel joven.

El alba iluminaba con su débil cla-

ridad la inmensa llanura cubierta de nieve. Una sombra cruzó súbitamente la ventana del cuarto ocupado por Felipe, cuyos ojos se dilataron desmesuradamente.

—¿No me engañan mis ojos?—murmuró.

La puerta se abrió en aquel momento, y el joven lanzó un grito de inmensa alegría.

—¡No! ¡No me engañaban!.... ¡Es mi padre!

—¡Sí...., querido hijo; yo soy!.... ¡Ven.... abrázame!.... ¡Cómo está tu herida?

—Bien....: no es nada.... un rasguño en el hombro. ¡Ah!; pero al veros me he curado.